

El silencio del aguacate

Por Lina Martes*

Lleve el aguacate bonito y elegante, le deja el cabello más liso y brillante.

Le sirve para guacamole o con sal en el almuerzo.

Lo vendo a 3.000 y le quedan hasta vueltos.

Déjese cautivar del sabor del aguacate original, el que no sabe a harina y que les gusta a las mamás.

Con ese discurso vendía todos los días unos 100 aguacates.

El señor Palta era de color verde, no tenía grasas malas y le gustaba que todos lo recordaran.

Baila en la carretilla y lava a sus compañeros, se encarga de su limpieza y les arregla el cabello.

Es más duro que los demás, por eso lleva años con la misión de mandar.

Después de que termina la jornada se encarga de enseñar.

Tiene una academia y enseña oratoria.

Los lunes llegan los tomates y los martes sus amigos aguacates.

Los miércoles son días de bananos y papa,

los jueves les aparta el turno a las remolachas.

Finaliza la semana con las cebollas y la ahuyama.

A todos les enseña a cómo venderse para obtener más ingresos.

Necesitan comer y vivir para no terminar en un almuerzo.

Ese lunes que iniciaba Palta se levantó de la cama Y empezó a hacer su rutina de la mañana

Al arreglarse y querer apurarse

Se dio cuenta de que por más que quería llamar al taxi

ninguno se detenía.

Resulta que nadie lo escuchaba porque la voz ya no la tiene.

Intentó gritar a ver si el esfuerzo le funcionaba

¿Qué voy a hacer sin voz? se cuestionó en su mente.

Es que vivo de los gritos, la rima y las clases.

Se encontró afuera con una yuca.

Ella se le acercó y lo saludó.

Palta empezó a llorar porque no le salía ningún sonido.

El pequeño tubérculo lo consoló,

le entregó un papel y un esfero,

intentó calmarle el desespero.

Palta escribió «ayúdame, que se fue mi voz».

La yuca lo leyó y buscó opciones para ayudar.

Había escuchado de un médico que es muy bueno, su nombre es Repollo y había sanado hasta sordos,

el problema era que cobra bastante

y no tenían dinero.

* Odontóloga egresada de la Universidad del Magdalena y estudiante de la Maestría en Epidemiología de esta misma universidad. *E-mail*: linatuesday07@gmail.com.

Palta le escribió: yo puedo intercambiar los servicios de enseñanza por su sanación. Los dos caminaron rápido buscando la dirección. Había una fila larga porque había promoción. Era medio día y nada que los atendían. El aguacate sintió miedo y desespero. La yuca logró colarse de los turnos. Le hizo seña al señor Palta y llegaron al puesto #1. El señor Repollo era gordo y muy elegante, les preguntó: ¿a qué han venido señores? La yuca le explicó y él sonrió. Sabía que había una peste de «fiebre sin voz». Le dijo: tranquilo, solo dura cinco días. Tómese este jarabe en la mañana y al medio día. Duerma bastante y coma bien para que vuelva a hablar como siempre, exclamó el doctor. Palta le agradeció, escribiendo en un papel «gracias doctor, puedo pagarle con un favor». El doctor Repollo le dijo: «explícame eso». Usted me devuelve la voz y yo promociono su negocio. Mi talento es la oratoria y las rimas. Puedo lograr que todos en la ciudad no dejen de llegar, escribió el señor Palta.

Dieron por cerrado el trato, el señor Palta se fue a descansar. La yuca se quedó cuidándolo y esperó los días de tratamiento. El aguacate mejorando ya susurró palabras. Al cabo del cuarto día, se fue la fiebre y hubo mucha mejoría. Sabía que debía ir a trabajar, necesitaba pagarle al doctor y escribir su canción. Agradeció a la yuca y le ofreció trabajo. Necesitaba secretaria para el negocio. Todos en el pueblo iban donde el doctor. Es que el señor Palta se inventó un coro muy pegajoso: «sana a cualquiera y devuelve la alegría. Vaya donde el doctor Repollo que atiende de noche y de día. No le pone problemas y cobra barato. Si no tiene plata, vaya sin pena que el doctor le fía y le hace descuentos. Ahora que puedo hablar, no miento. El docto Repollo me ha podido sanar». ■■■